

Título: miedo al agua

Seudónimo: Elisabeth Fritzl

miedo al agua

Virginia se ajusta el gorro de silicona, se pellizca el bañador para esconder las nalgas, alza la cadera, flexiona los brazos, y se agarra con fuerza al poyete. Tensa como un muelle espera el pitido de salida para despegar desde la calle tres.

—Me toca siempre que puede. —Toman Cacaolat en una granjita frente al instituto, al salir de clase. Del insti, como lo llama Virginia. Del tuto, como lo ha rebautizado Nerea. Amigas inseparables desde preescolar, misma fila, misma aula, los mismos gustos, mismo grupo sanguíneo, misma pasión por el agua. Virginia en la calle tres, Nerea en la calle dos. Y el tipo ese en chancletas, bañador bermudas, pelo pincho y silbato colgado al cuello es Eugenio Álvarez Sacristán, el monitor de natación del IES, el responsable del equipo y el macho primitivo que no desaprovecha ocasión para tocarme.

El reflejo líquido de la piscina del instituto; veinticinco metros y seis calles, cada una de nosotras en sus puestos, listas, preparadas, y el Sacristán sin dar aún la salida, siempre detrás de Virginia, esos pies, estoy aburrido de pedirte que no apoyes el talón en el poyete; escalando con sus manos sacrílegas hasta secarme el agua de las piernas, de mi bañador antiadherente, coeficiente de rozamiento bajo, por debajo, rozándome allí.

—No soporto que el Sacristán me toque —la pajita del Cacaolat machacada a mordiscos. El envase virgen frente a Virginia, sin abrir.

—Es cobarde. Con las mayores se lo piensa. No se atreve. —Nerea apura el chocolate hasta arrancar un quejido de burbujas del fondo del envase. Según ella sólo se atrevía con las más tiernas y melancólicas. Y rubias como tú. El cerdo que lleva dentro tiene debilidad por las rubias enfermas de melancolía—. Plántale cara, Virginia. Tírate a la piscina sin miedo, tía, no te lo calles. Habla con tu madre. Denúncialo.

Suena el silbato del sacristán corrupto: comienza el vuelo. El cuerpo de Virginia despegá paralelo a la piscina, tronco, cabeza y brazos alineados, mano sobre mano en busca de aquella telaraña de luz que flota en el agua. Y por ese mismo punto le seguirá el cuerpo como si pasara por un aro, por un canal estrecho, como si volviera a nacer. Veinticinco metros de crol en el seno amniótico del agua para ser asistida por el doctor Sacristán, quien le sacude el culo como a los recién nacidos, la

envuelve en el algodón de una toalla, la encierra en sus brazos y le cruza el corazón como una araña venenosa hasta esconderse bajo la axila: que es lo mismo que decir que se despachó a gusto con mis tetas; y ahora te pones a hacer largos sin forzar y en el vestuario vemos qué le pasa a tu hombro.

—No pienso ir más a natación, mamá —a Virginia se le escapó una lágrima a la que nadie había llamado.

—Virginia no quiere ir más natación... —la madre levanta la vista del libro y marca la página con el índice—: a ver, cuenta, ¿por qué?

—Bueno, pues porque no; porque no y ya está. Y además porque no me da la gana, fíjate.

Virginia cubre sus emociones con espesos velos de silencio. No es fácil. Le avergüenza reconocer que el Sacristán aprovecha las ausencias de Nerea para tenerla remojo hasta que no queda nadie en el pabellón. Que el macho espinoso la castiga a hacer largos hasta agotarla, la saca de la piscina, la encierra en el vestuario y la toca; pero bájate ya el bañador, niña, no me vengas ahora con remilgos de bobita, y me explora el hombro, el subescapular, el supraespinoso, y toma posesión de mis pechos, me aplasta el pezón con los dedos, con los labios, y yo me quedo rígida, paralizada sin saber qué hacer, odiándome por dejarme arrastrar tan fácilmente. Culpable. Pero nada de esto le confesará Virginia a su madre. Se lo ocultará porque tiene miedo, mucho miedo.

—Y además porque le he cogido mucho miedo al agua, mamá —con las manos tapándose la cara para ocultar su inminente derrumbe—, mucho, muchísimo miedo.

—Pero si nadabas antes de que te sostuvieras en pie —la madre aparta el índice de la página y retoma la lectura. Ni caso. Conociendo sus fantasías de adolescente, no la cree.

—No me creerá, Nerea. O puede que sí; pero no me atrevo a contárselo. ¿Pero por qué hostias no puedo decirle a mi madre que me toca? —hoy han pedido helados en la granjita al acabar el entreno. De stracciatella, Virginia. De frutos rojos, Nerea; arándanos, ricos en antioxidantes, debería probarlos todo el mundo.

—Deberías probar los arándanos. Van divinos de la muerte...; para no sé qué de los radicales libres o como se llamen—Nerea, boca húmeda, desinhibida, dispuesta siempre a elegir y a no ser elegida, ¿no te acabas tu helado?; estimulante aire de desafío. Es fuerte. Sabe cómo mantener a salvo la parte central de su cerebro. Y a diferencia de su madre, Nerea sí la cree—. No te cortes. Enfrentate a él; dile que basta es basta. Habla con la tutora. Denúncialo.

Hay cinco nadadoras listas en sus respectivas plataformas. Falta una; falta Nerea. Ruego disculpe la ausencia de mi hija por causas ajenas etcétera. Virginia remete un mechón rebelde bajo el gorro, se ajusta las gafas antivaho, se pellizca el bañador, alza la cadera y se agarra con fuerza al poyete de la calle tres. Pendiente del silbato canalla que se pasea como niño con chupete, mientras me desentierra con los ojos mi piel del traje de baño. Delante del poyete, ochocientos metros cúbicos de agua y diecinueve segundos de azul celeste. Los golpes de los brazos y las piernas contra la superficie resuenan más fuertes a medida de que te aproximas al final infame. Diez brazos baten el agua. Ocho brazos, cuatro brazos, dos brazos jóvenes y un cuerpo que se desliza acuchillando el agua, entre la esperanza y la desesperación. Y Eugenio Álvarez Sacristán, allí mirando, invisible. Virginia se enjuaga el bañador en la ducha, ignorando que iba a ser violada aquella misma mañana. Se escurre el pelo, dobla hacia adelante la cabeza, lo estruja con las manos como si fuese una toalla empapada. Y Álvarez Sacristán allí, sus dedos a dos centímetros de mi miedo; mirando.

—Me mira —gafas oscuras para que la tutora no note que está llorando.

—No tengo ni idea de qué me hablas —se inclina hacia Virginia para hacerse escuchar.

—El Sacristán. Me toca. —Ha llegado al límite. Necesita urgentemente llorar.

—En que quedamos, Virginia: ¿te mira o te toca? —la tutora revuelve en los cajones del disco duro para consultar el expediente de Virginia.

—Me toca. Me mira un buen rato y luego me toca.

—A eso se le llama difamar —cambiando el tono al mismo tiempo que excava nuevas anotaciones en la ficha de Virginia.

Difamar: desacreditar a alguien; divulgar algo contra su buena opinión y fama. Aunque Virginia no desacredita a Álvarez Sacristán: ¡Dios me valga! Su entrenador no la golpea, jamás bebe alcohol, nunca desatiende los hábitos higiénicos. Bien al contrario: la mano del tío cabrón me acaricia hasta abrirse paso en mi casa, se emborracha con mis pezones y he de tolerar a diario la presión insoportable del calor y sus higiénicas miradas en la ducha. Y eso no es difamar. Es la puta verdad.

—Por favor; por favor bórreme sus miradas —el miedo al dolor que lleva puesto levanta un penetrante perfume a lágrimas saladas que envuelve a la tutora—. Me duelen mucho. Le he cogido miedo a todo; le he cogido mucho miedo al agua. Miedo a mí misma.

—La fantasía es una forma de disfraz —las siete últimas palabras codeándose con una sonri-

sa conciliadora—, debes estar segura, Virginia. Y para ello has de llegar a un acuerdo contigo misma. Habla primero con la psicóloga. Ayuda mucho a tomar decisiones.

—Dice la tutora que no ha recibido queja alguna del monitor. Todas callan. Ninguna se atreve —en la terraza frente al instituto, con la vista en el chocolate a la taza de Nerea; enfadada consigo misma por seguir negándose a explicar abiertamente lo que le pasa—. Pero el caso es que nadie me auxilia. Y al final me he convertido en la puta de un sacristán macarra.

—Yo es que alucino contigo —boca de chocolate; una media medialuna en el plato—. No puedes quedarte de brazos cruzados. Denuncia. Si permites que otros decidan por ti estás perdida.

—Pues no se si podré —se azara, ríe; y la risa se le quiebra en un sollozo culpable.

—Pues tú verás lo que haces —la muralla de acero de Nerea.

Álvarez Sacristán camina sonando chancletas, el anillo de casado en la mano izquierda, un aro en la oreja, el silbato en la boca: nunca olvida su chupete de bebé malnacido. Un primer pitido largo le indica a Virginia que debe zambullirse. Los rayos de sol caen desde las lucernas como flechas sobre ella. Se pellizca ambos tirantes del bañador; a derecha e izquierda del cuello. Al segundo pitido largo, cinco chicas del equipo se alinean cara a la pared, con las manos en los agarraderos de salida. Ruego disculpe la ausencia de mi hija Nerea, etcétera. Los dedos de los pies, en contacto con el frontal de la piscina, listos para 4 x 25 metros espalda. Las piernas flexionadas, las caderas dentro del agua, la cabeza baja, los brazos doblados por el codo, las nalgas cerca de los talones, ¿qué parte no entiendes, Virginia?; estoy aburrido de pedirte que te toques el culo con los talones, los músculos crispados a la espera del silbato de salida. La cabeza hacia atrás, la mirada al otro extremo de la piscina. Es el momento de inhalar aire antes de la inmersión; vuela. Vuelo. Y al cortar la superficie, el agua me muerde como un mar hambriento. Oigo mis batidos de delfín bajo el vaivén luminosos del agua. Y me escucho decir: Ángel. Y me escucho decir: Ramera. Escucho las dos palabras juntas: Ángel y Ramera. Porque debajo del agua se oye decir lo que una piensa. Culpable. Y una puede llorar tan fuerte como quiera; porque en la piscina nadie nota si lloras. Pero solo un rato corto. Máximo quince metros bajo la superficie, según dispone el reglamento de la FEDERACIÓN. Antes de perder velocidad comienzo a dar brazadas a ras de agua, hasta que las palabras del Sacristán caen de pronto en el centro de mi oído.

—La estrella del equipo ha de entrenar hasta que apaguen las luces —la fatiga en la cara de

Virginia, sin tiempo para recuperar el aliento.

Las pestañas engastadas en minúsculas gotitas, mojada, con ropajes de vapor y gel de ducha por el cuerpo; no me des la espalda cuando te hablo, ¡joder!, en el vestuario aún bulle la voz del monitor cuando el asqueroso me sujeta la cabeza. Pienso en irme. En morir ahogada. Me siento como indolente, drogada, enferma. Desnuda; adelgazada por el frío. Desnudarse es propio del amor; pero también es propio de la muerte. Se puede notar el sabor de la muerte en la cópula violenta; morir de resentimiento por dejarme hacer. Doblé las rodillas y apoyé las manos en el suelo, te tengo dicho que las nalgas cerca de los talones, ¿cuál es la parte que no entiendes, Virginia?, la voz clara y firme del sacristán de mierda, separando bien cada palabra: cierra los ojos, cierra los ojos; y otra voz que luego, en mi dormitorio, gemía en la oscuridad y que casualmente era la mía: impotente y furiosa. Me escuece el recuerdo de todas las cosas que debí gritarle y no pude; y ese rastro suyo de semillas de fuego que me ha ido devorando toda la tarde, toda la noche. Y muy hondo la tristeza y el asco. La inseguridad, el insomnio, el miedo. Atisbos de remordimientos. La culpa.

—Me usa —Virginia; desorientada.

—Habla sin miedo —la orientadora.

—A veces no espera ni a que salga de la ducha... —la voz se le apaga en la garganta y el resto de la confesión se lo guarda en los rincones más secretos del cerebro.

—Sigue hablando —la consulta blanca, la bata blanca, la blusa blanca, la actitud blanca, la sonrisa blanca de la psicóloga u orientadora o quienquiera fuese la mujer que la invitaba a hablar.

Y resulta que también sabía sonreír la doctora. Y también resulta que no es lo mismo que hubiesen o no hubiesen lesiones; que el presunto agresor hubiera empleado intimidación o violencia, más allá de que el sucio sacristán entrara directo en mi casa con dos dedos por delante; ni tampoco se considera lo mismo que los abusos hubiesen sido acreditados con acceso carnal o sin él.

—Porque, cuando manda que me ponga de rodillas y me sujeta la cabeza ¿eso es acceso carnal, doctora? —callada, mirando mi miedo sin respuestas.

Y enseguida el catálogo al completo de preguntas de la psicóloga:

A la pregunta antecedentes infantiles, Virginia le contestó que no.

A la pregunta lesiones, Virginia le contestó que no.

A la pregunta enfermedades de transmisión sexual, Virginia le contestó que no; aunque no

tenía muy claro de qué le estaba hablando.

A la pregunta miedos, Virginia le contestó que se muere los días que Nerea falta a natación.

A la pregunta hábitos nocivos, Virginia le contestó que no.

—Porque el botellón no se considera un hábito nocivo, ¿verdad? —Nerea escucha a su amiga mientras juega con una mini linterna llavero en la terraza de la granja. Inseparables. O casi.

—Lo que es nocivo de verdad es vivir sometida —Nerea, voz de chocolate del 70%, top color sangre, jeans negros y collar de acero. De rojo, negro y acero, como Marte: belicosa. La diferencia radica en el temple del acero. Prácticamente invulnerable. En cambio Virginia se siente aturdida. Siente un intenso deseo de escapar. Lo intento. Siempre lo intento, pero de pronto me derrumbo.

—Y es intocable —encogida como un gusano; el habla opaca, sin color—, hay una mano que protege al sacristán siniestro. Alguien empeñado en echar tierra sobre el asunto. Pero por más tierra que le echen no dejo de ver cómo se arrastra directamente sobre mi cuerpo. Lo veo con los ojos cerrados.

—¿Entonces? —Nerea busca con la luz de la linterna una palabra con luz propia.

Una palabra entre las mil palabras de la orientadora. Palabras que la psicóloga estira, retuerce, ovilla. Según la especialista, su amiga padecía severas alteraciones del comportamiento, era víctima de un confuso estado de ánimo y, por el bien de todos, sugería que se cambiara de centro educativo; o dicho de otro modo, que me mandaba a casa hasta que pudiese probar que no hubo consentimiento por mi parte. La puta del Sacristán. Culpable.

Eugenio Álvarez Sacristán, chancletas metededo, bañador bermudas, anillo de casado, aro en la oreja, pelo pincho y silbato al cuello observa con la mirada perdida el poyete desierto de Virginia. Nadie se pellizca el bañador en la calle tres. Frente al callejón de Nerea, una luz azul plancha la superficie hasta las corcheras que tiñen de rojo el tramo final. Le faltan 4 x 25 metros de crol rabioso para que un sacristán oscuro la rescate, le estruje el culo, la envuelva en el algodón de una toalla, la encierre en sus brazos y una araña amistosa le cruce el vientre hasta las mismas puertas del cuerpo: que es lo mismo que decir que le colocó la mano entre los muslos y los dedos en el sexo; y que Nerea, temple de acero, se dejó hacer. Convertida en un molde de escayola apretó los dientes y consintió aposta. Y ahora, Nerea, me haces otras diez piscinas y nos vemos en el vestuario.

A Nerea la iluminó un matiz de burla en la cara cuando descifró los ojos del monitor aso-

mándose al vaho del vestuario. Así quería pillar ella al puto Sacristán, anclado por la sorpresa y a tres pasos. El monitor nunca hubiera imaginado que una jovencita le plantara cara con aquella chulería y descaro. Sin embargo, hela allí, los pies clavados en el piso, las piernas separadas, los brazos en jarra, apuntándole con el mentón. Brindándole una sonrisa torera cuya suficiencia ya comenzaba a hartarlo. Mirándole lo más de frente que le habían mirado nunca. Retándolo. Dispuesta a inmolar-se por su amiga. Nerea le reta a que la embista y al monitor se le remueve esa parte de la realidad que hay bajo los pies. Astado, cornigordo, de nombre Sacristán, 105 kilos, pelaje algo barroso, es-carba con fuerza las tablas del vestuario, humilla la cabeza y ensarta a la muchacha que lo recibe sin arredrarse. Sin dar un paso atrás; irreductible.

Box 311. Nerea sigue sedada y su estado es menos grave. El último parte médico indica que sufre traumatismo craneo encefálico con pérdida de conciencia, desgarró anal y excoriaciones en muslos y vulva. Ingresó a las 19:46 y hubieron de transferirle sangre de su amiga ante la escasez de plasma del tipo 0 negativo. Fue Seguridad quien la halló desnuda y flotando en el suelo, desmanejada en las duchas, la ceja partida, el labio reventado; y una sirena apremiante de ambulancia quien la trasladó a Urgencias. Y muchas horas después, nada más abandonar el hospital, Virginia se sacudiría la vergüenza y, espantándose el pudor de encima, entró en la comisaría más cercana y denunció a Eugenio Álvarez Sacristán, casado, padre de familia, ex medallista de 4 por 100 estilos, y monitor del instituto donde ambas amigas estudiaban, por presuntos delitos de; pero que de presuntos nada, se lo aseguro yo que los he sufrido en propia carne; de todo tipo de abusos, tocamientos y felaciones a cambio de no colgar fotos más en la red. Todo. Virginia denunció la forma en que Sacristán le desmantelaba la conciencia con todo lujo de detalles, sin omitir ninguno por escabroso que fuese; y ahora mismo se lo firmo y lo rubrico y me ratifico en ellos tanta veces como sea necesario.

A media mañana, el ojo azul centelleante de un coche Z detenía a Álvarez Sacristán ante la sorpresa de los estudiantes que en aquel momento asistían a natación. A partir de ahí, tras divulgarse la noticia de su detención, el aluvión de denuncias fue imparable. Fueron días de incredulidad, desconcierto y rabia. Los entrenos de natación quedaron un tiempo en suspenso. Nadie acude a la piscina. Vestuarios vacíos, olor acre a desinfectante; atmósfera saturada de humedad y cloraminas. Nadie a excepción de Virginia y el empleado de seguridad que mira hacia otro lado. Hay una muchacha subida a la base número tres, bañador blanco, bellísima, muy bella incluso, como hacía

tiempo que no la reconocía el espejo. La que fuera puta del Sacristán se pellizca el bañador para esconder las nalgas. Alza la cadera, flexiona los brazos, y despega hacia un lago de aguas translúcidas, afiladas, envueltas en un resplandor imposible. Nada elevando ligeramente brazos por encima de tantos tonos de azul que se los tuvo que imaginar por que no le cabían en los ojos. Y de dos fuertes patadas se impulsa al fondo de las piscina. Le zumban los tímpanos y un ave furiosa aletea en su pecho. Desearía agonizar de azul y luz en el seno de aquellas aguas catárticas. Y entre pliegues de cristal azul te liberas de ruidos y temblores. Nunca más. No soy ni el Ángel ni la Ramera del Sacristán. Eres una mujer limpia. Las culpas no forman parte de tus corrientes subterráneas. La superficie palpita de nuevo y el regocijo del agua acompaña tu regreso enredada en un relámpago azul. Elevas ligeramente los brazos, los alineas con los hombros, y en un depuradísimo estilo mariposa alcanzas la piedra de coronación que enmarca la piscina. Has vencido el miedo al agua.

No más miedos.

La piscina ocupa ahora todo el espacio útil de la mente.

Virginia recupera lentamente la pasión por el agua.